

5 Marzo, 1979

Imágenes y palabras

■ “Una buena fotografía vale más que mil palabras”, reza uno de los axiomas del periodismo moderno, y, en más de un sentido, él es verdadero. Una foto oportuna puede ser más impactante que una larga crónica. La descripción de un acontecimiento por medio de la palabra escrita está en desventaja ante la expresividad y sugerencia de una fotografía bien captada.

Pero la imagen no es la panacea universal. Ella es incapaz del análisis de la noticia, de la expresión de ideas, de la información que tenga algún grado de abstracción. Por eso, dentro del campo periodístico, la receta del éxito sigue encontrándose en la búsqueda de una acertada relación de imagen y palabras.

No es éste, sin embargo, un dilema nuevo, nacido del desarrollo de la técnica fotográfica. Más bien, él representa la secuela de una alternativa de expresión antigua, como es antiguo el arte.

Un pintor y un escritor podrán abordar el mismo tema, animarlos la misma motivación y, sin embargo, su obra será apreciada diferentemente, no sólo en cuanto a la forma, sino también al mensaje que la obra lleva implícito. Y la razón de esta diferente apreciación me parece que está en que, mientras las palabras tienen un significado único y preciso, la imagen se presta a la interpretación subjetiva.

Ben Jonson, quien tiene su reputación establecida como el mayor dramaturgo inglés después de la venerable figura de Shakespeare, era, además de escritor, un pintor de nota. El rey Carlos I había contratado a Jonson como decorador de su palacio y, en tal condición, pintó algunas expresivas máscaras que fueron del total agrado real. Pero cuando Jonson quiso explicitar más aún lo que había querido expresar en sus máscaras y le agregó algunas leyendas, el rey, al leerlas, lo despidió de inmediato. Al rey le gustaban las máscaras que veía, pero no las leyendas que leía, y por más que el pobre Ben Jonson insistía en que imágenes y palabras decían lo mismo, quedó cesante de todos modos.

Ha sido éste, por lo demás, el destino de la literatura crítica en todos los regímenes, destino que los pintores han eludido. Si Solzhenitzyn hubiese sido pintor en vez de novelista, seguramente que —para su bien o para su mal— todavía estaría en la Unión Soviética. El mismo Goya conoció el destierro más por sus actividades políticas directas que por sus grabados de clara intención subversiva para su época.

En esta diferencia entre palabra e imagen no sólo caben las manifestaciones críticas, sino, también, las de excesiva adhesión. Los pintores que eran favorecidos por los monarcas dedicaban gran parte de sus obras a pintar a sus mecenas y familiares. Y, al hacerlo, cuidadosos de no disgustarlos, entregaban retratos de los que ahora diríamos que salían “muy favorecidos”. Si alguien quisiera expresar en palabras lo que, por ejemplo, Van Dyck expresó de la familia real que pintó, y de su corte, tendríamos que juzgar a ese escritor como un vil adulador. Sin embargo, admiramos a Van Dyck como pintor.

En definitiva, lo que sucede es que a la pintura la podemos juzgar exclusivamente por su forma, hacer caso omiso de lo que hay tras ella o, a lo sumo, darle la interpretación que nuestra subjetividad prefiera. En cambio, en la literatura, por rico y hermoso que sea el estilo, nuestra atención está centrada en el fondo, en la idea que se está expresando, y sólo en modo suplementario, en la forma que se usa.

Por eso cuando alguien, en nuestros días, me recuerda aquello de que una fotografía vale más que mil palabras, no puedo menos que pensar que es una posición cómoda y sin compromiso. La fotografía —como la pintura— siempre nos dirá lo que queramos que nos diga; en cambio la palabra estará acicateándonos para aceptarla o rechazarla, haciendo trabajar nuestra inteligencia y no nuestras sensaciones.

Llegará el día en que, ahitos de imágenes y vacíos de ideas, revertiremos el axioma de hoy para afirmar con énfasis: “Una palabra precisa vale más que mil fotografías”